

a poco, desprovista de un valor único e irrepetible y, dominada por los mecanismos globales de carácter social o psicológico se convertía en un número más de la estadística, en una cifra cualquiera. En el poema de Szymborska nuestra división no es más la del cuerpo y de la obra que va a quedar de nosotros, sino la del cuerpo y del «susurro degollado»; la poesía es solamente este susurro, sólo «una risa a punto de quedar ahogada». Si incluso no todo muere, es breve esta frágil inmortalidad y el «non omnis moriar» de la poesía adquiere el sentido un tanto irónico.

Todos nosotros participamos en las sucesivas transformaciones de los conceptos del mundo que no siempre armonizan con nuestras convicciones personales, y tratamos de suavizar su carácter radical, silenciando nuestro instinto del porvenir. Son muy pocos los dotados de valor suficiente para revelar las conclusiones cruelmente evidentes. William Blake fue uno de los primeros en denunciar la destructiva influencia de las ciencias naturales sobre *The Divine Arts of Imagination* «las divinas artes de la imaginación», y como a los enemigos de lo que él llamaba el *Don de la mente* había considerado a esta trinidad diabólica: Bacon-Locke-Newton. Escribía pues:

«La Elucubración es un espectro en el hombre. Tan pronto como éste olvida la Imaginación, encerrado como en una coraza, en la Ratio de las Cosas Vistas, establece ya la Moral y el Derecho para destruir la Imaginación —este Cuerpo Divino— con la Tortura y las Guerras.»

Por supuesto, sin intención alguna de perseguir la ciencia y de proclamar la teoría de que la tierra no es redonda, sino para revelar el conflicto en toda su agudeza, vuelvo a citar a Blake y a su defensa de la imaginación ingenua:

«Y cada Espacio que el Hombre percibe alrededor de su casa mirando desde el tejado o desde el huerto en el monte, aunque éste tuviera sólo la altura de una toesa y media, este espacio es su Universo.

Y en cuanto a las falsas apariencias en las que se fija el razonador, de la Esfera que gira en el Vacío —ésta sólo son la ilusión del Ulro.»

En el conflicto mencionado, la ganancia, como bien la entendió Blake, consistía en salvar al hombre de la imagen de un mundo totalmente «objetivo», frío e indiferente del que la «Divina Imaginación» quedaría excluida para siempre. Los pronósticos de Blake llegaron a cumplirse. Medio siglo después de su muerte, la rápida erosión de la fe en cualquier otro mundo que no sea el regido por el determinismo matemático, llega a ocupar una posición central en la obra de Dostoïewski y de Nietzsche. Más aún, se llega a confirmar la posibilidad de que la devaluación de todos los valores rechazados por la concepción científica de la realidad, alcance, también, al concepto mismo de la verdad, y, en consecuencia, los criterios de esta última serían válidos sólo dentro de un sistema de referencias bastante arbitrario. Nietzsche, en su visión del porvenir, había definido al estado de la mente de las futuras generaciones en el que no sería difícil reconocernos a nosotros mismos:

«¿Qué significa tener fe? ¿Cuál es su fundamento? Cada fe es una afirmación de algo como verdadero.»

«La forma más extrema del nihilismo consistiría en la convicción de que cada fe, cada afirmación de algo como verdad, tiene que ser errónea, puesto que no existe *el mundo verdadero*.

Entonces: queda sólo la ilusión con perspectiva, porque siempre necesitamos a un mundo abarcable, comprensible, simplificado»³.

El poema de Wislawa Szymborska refleja la común sensación de la relatividad de todos los criterios. Difícilmente buscaríamos en el canon del siglo XX el dualismo platónico del cuerpo y del alma, el ideal de la fama eterna, ya que éste no corresponde más a la conciencia del cambio perpetuo de los estilos y los gustos, la concepción de la obra para sí misma, aquel, quizá, último bastión del valor absoluto. Queda de nosotros el «susurro degollado», la «risa a punto de quedar ahogada...». Sería injusto menospreciar esta lúcida y cruel conciencia, puesto que no está lejos de ser una virtud heroica. Aquí también podría verificarse la profecía de Nietzsche acerca de lo sobrehumano que está obligado a asumir el habitante de nuestro siglo. Vale la pena volver a citar sus palabras:

«He aquí la medida de la fuerza: hasta qué grado somos capaces de afirmar ante nosotros mismos, que sólo existe la *apariencia*, que la mentira es inevitable, y poder seguir viviendo con esta conciencia. En este sentido, el nihilismo concebido como la negación total del mundo y del ser verdaderos, podría llegar a ser el *modo divino de pensar*»⁴.

¿Es posible «seguir viviendo» frente a una situación en la que las cosas que nos rodean quedan vaciadas de su ser metafísico debido a que no existe el «mundo verdadero»? La respuesta a esta pregunta, ofrecida por la poesía del siglo XX es negativa. Su heroísmo resulta forzado y no nos alienta una convicción de que somos lo suficientemente maduros para enfrentar lo sobrehumano. La conciencia de que las palabras establecen relaciones sólo entre ellas mismas, incapaces de reflejar la realidad que exige de ellas una interpretación inmediata, resulta deprimente para los poetas, y es posible que justamente esta frustración determine el tono pesimista de su poesía. A esto habría también que añadir la acechante perspectiva del aislamiento de los poetas dentro de la sociedad. En el romanticismo aún existía la unión entre ellos y la «gran familia humana», es decir, se mantenía vigente el modelo renacentista de la fama y la gratitud recibidas por parte de los lectores. Desde que la poesía había recurrido a la clandestinidad y, con menosprecio, la bohemia volvió la espalda al filisteo, la palabra de los poetas encontraba un fuerte respaldo en la fe en el sentido absoluto de la obra de arte. La convicción del antagonismo esencial entre el arte y la realidad fue el gran aporte con el que la poesía entró en el siglo XX, no obstante, la fuerza de esta convicción pronto empezó a desmoronarse por lo que la famosa creencia en la superioridad del poeta como ser elegido, también, poco a poco, iba perdiendo su argumento. Para el autor de libros poéticos que nadie lee, o de los versos que pocos comprenden, ¿qué consuelo le puede dar la conciencia de que en sus poemas quedan detenidos sólo el «susurro degollado» y la «risa a punto de quedar ahogada»?

La lección de biología había provocado muchas transformaciones de nuestra imaginación sin limitarse a las que conciernen solamente al destino individual del

³ En la *Voluntad del poder*, primavera-otoño 1887. Cita según la traducción inglesa de Walter Kaufman y R. J. Hollingdale. (Nota del autor.)

⁴ *Ibíd.*

hombre. Inevitablemente, aunque de manera casi inadvertida, tiene que cambiar también nuestra actitud frente a las grandes catástrofes que afectan a miles y millones de seres humanos. Hoy día resulta difícil comprender por qué el terremoto ocurrido en Lisboa en 1755 influyó con tanta fuerza en la mentalidad de los hombres del siglo de las Luces, ocasionando incluso un gran debate filosófico. El número de víctimas que ascendió aproximadamente a las 60.000, fue modesto en comparación, por ejemplo, con la cantidad de pérdidas que ocasionaron las guerras modernas; fue modesto también si lo comparamos con la cosecha de mortandad causada por la epidemia de peste en la Edad Media. La diferencia en la apreciación de estos datos consiste en el hecho de que las desgracias muy remotas han sido aceptadas como manifestaciones de la irrevocable voluntad divina, en cambio, la destrucción de Lisboa proporcionó a los deístas un argumento según el cual la Providencia no tenía allí nada que ver porque Dios, este Gran Relojero, había abandonado el mundo a su propia suerte. Si no fuera así, razonaban, habría que culparlo de la crueldad gratuita. Para nosotros, semejante lógica nos resulta abstracta... No obstante, si quisiéramos encontrar una explicación razonable, sólo nos quedaría dar la razón a los epicuristas y repetir con ellos que los dioses o son todopoderosos, lo cual excluye la posibilidad de que sean buenos, o son buenos y entonces no pueden ser todopoderosos. Sea como sea, no cabe duda que la lección de biología significó el triunfo de la visión científica del mundo, por lo que, en consecuencia, toda la responsabilidad posible le fue cedida a la cadena de las causas y los efectos. El trasplante de la esfera de la naturaleza al dominio de los mecanismos sociales, gracias a la lección de biología, se nos presenta como un fenómeno totalmente natural. Por supuesto, no tendría sentido alguno culpar a la ciencia por el hecho de que los resultados prácticos de su búsqueda queden, a veces, muy lejos de las intenciones previas de los científicos. Hay que reconocer que la ciencia no sólo ayuda a perfeccionar el instrumental, cada vez más terrorífico, de conducir la guerra. Penetra también el tejido de la vida social, suscitando cambios cuya dimensión aún sobrepasa nuestra capacidad de entendimiento. El envenenamiento de las mentes por las imágenes pseudocientíficas encuentra su analogía en la contaminación del medio ambiente por la técnica que también es producto de la ciencia. Por ejemplo, *the survival of the fittest* en su forma vulgarizada no sólo había influido en que el naturalismo brutal se expandiera en la literatura, sino que también ayudó a la creación de un cierto clima general que logró favorecer la idea de la aniquilación terminante de millones de seres humanos con objetivo de cumplir con los requisitos de la «higiene social»... Asimismo, la ciencia proporcionó las posibilidades técnicas del holocausto al igual que los instrumentos de la gran masacre que fue la guerra de las trincheras de 1914-1918. El poeta jamás estuvo tan violentamente comprometido a afrontar los hechos esencialmente contrarios a su naturaleza infantil, como en el siglo XX. No cabe duda que a cada uno de nosotros le toca descubrir, ya en los primeros años de vida, las reglas intransigentes de la existencia, que percibimos como contrarios a nuestros deseos. La llama, tan hermosa cuando la contemplamos, una vez agarrada con la mano, quema; el vaso tirado de la mesa no se queda suspendido en el aire sino cae al suelo rompiéndose en pedazos; la nostalgia de lo maravilloso está expuesta a pruebas muy duras por parte de así llamado *orden natural de las cosas*, que progresivamente nos

es inculcado por la familia y la escuela, con el fin de prepararnos para la vida en la sociedad. Tal vez los poetas sean unos seres que con una particular resistencia no se dejan dominar por semejante entrenamiento, y por lo mismo llegan a convertirse en una profunda voz de la liberación de todo lo duro, rígido y seco como el «dos más dos es cuatro...». Debido a que durante muchos siglos ciertas zonas de la realidad pertenecían al dominio exclusivo de la religión lejos del alcance de las leyes intransigentes de la ciencia, pudo existir una extraña alianza entre la religión y la poesía. A este dominio pertenecía tanto el destino de las ciudades y de las naciones como la suerte de todo el género humano, lo cual significaba que el argumento de los deístas después de la destrucción de Lisboa por el terremoto no logró abolir la muy arraigada fe en la Providencia. Todo el Siglo de las Exaltaciones abundaba en sueños mesiánicos de la misión elegida de esta u otra nación o de estas u otras naciones, prevista de antemano en el Libro de Dios. Pero también después, en la pragmática era del vapor y de la electricidad, pesaban sobre el concepto del Progreso todas las características del mecanismo providencial, responsable de trazar los caminos para el futuro de la humanidad. Parece que la diferencia capital entre el siglo XIX y el XX consiste en el hecho de que algunas cosas, demasiado terroríficas para imaginarlas, parecían en el siglo XIX, simplemente, imposibles. Pero desde el año 1914, iban tornándose cada vez más reales... Se hizo evidente que las «civilizaciones son mortales» por lo que nada podía proteger a la civilización occidental en contra de la caída en el caos y la barbarie. El estado de la agresividad primitiva que parecía pertenecer ya para siempre a las épocas remotas, había regresado en forma de ritos tribales de los estados totalitarios. El campo de concentración llegó a ser la síntesis del siglo, teniendo como emblema el alambre de púas. Con toda seguridad, Thomas Mann no se había equivocado al considerar *El corazón de las tinieblas* una obra prólogo al siglo XX. Este siglo también vivió una rápida escala de los peligros porque las armas atómicas acechan con lo que antes parecía inconcebible, es decir, con la destrucción definitiva de todo el planeta. Igual que un niño cuando descubre que el fuego quema y que la dura materia de la mesa puede causar dolor si golpeamos con fuerza, la humanidad se había encontrado ante los hechos irrefutables que se unían entre sí conforme a las reglas de una cadena de causas y efectos, lejos ya de la protección de Dios que garantizaría el posible desenlace positivo. La voz de protesta que despierta en nosotros cuando nos enteramos de los lugares del martirio donde unos seres humanos torturan a otros, es, en realidad, muy solitaria, desprovista de cualquier otra argumentación que no sea justamente la de nuestro instinto de rebelarnos en contra del crimen aceptado. Cuando nuestro lamento de plañideras hace recordar la cifra apocalíptica de hombres, mujeres y niños aniquilados en las cámaras de gas, resulta difícil, a veces, resistir a un pensamiento de que cada día se torna más palpable una tendencia de igualar al ser humano con las moscas o las cucarachas y que alguna motivación, lo suficientemente «noble», podría llegar a justificar la matanza de una escogida especie de insectos sin alterar la perfecta indiferencia de otros, excluidos del juicio.

El poeta del siglo XX es un niño al que los adultos cruelmente iniciados entrenan en el respeto hacia los hechos irrefutables. Se sentiría mejor pudiendo apoyar sus «sí» y sus «no» en algún fundamento fijo, pero para hacerlo tendría que admitir que detrás